

El aprendiz

Mario Méndez





www.loqueleo.santillana.com

© 2010, MARIO MÉNDEZ
© 2010, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4596-2
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: RODRIGO LUJÁN

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Méndez, Mario

El aprendiz / Mario Méndez ; ilustrado por Rodrigo Luján. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

128 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4596-2

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Luján, Rodrigo, illus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El aprendiz

Mario Méndez

Ilustraciones de Rodrigo Luján

loqueleg

*Con mi agradecimiento a mis amigos Laura,
Grubi y Lito,
lectores minuciosos y apasionados.
Y para Rosana, que sigue
a cargo del timón.*

PRÓLOGO

Podría empezar a contar esta, mi pequeña historia metida dentro de otra historia mucho más grande, por la mañana en que los soldados del virrey me llevaron, con grilletes y a empujones, rumbo a la cárcel del Cabildo. También podría elegir, como punto de partida, los sucesos de julio de 1807, cuando me encontró Lucía, con la cabeza vendada, tirado en el piso y, sin embargo, vencedor. Quizá fuera mejor iniciar el relato en la Plaza de la Victoria, bajo una lluvia que parecía que no iba a terminar jamás, junto a los Infernales; o, por qué no, comenzar por el final, en una reciente tarde de domingo, saliendo de la iglesia.

Sin embargo empezaré a contar mi historia siguiendo las palabras de Hipólito Vieytes, “por el principio, como manda la ley”. He aprendido de don Hipólito muchas cosas, y le debo mucho más: es justo que a la hora de contar mi vida siga siendo su aprendiz.

CAPÍTULO I

Apenas nacido, me dejaron en la Casa de Niños Expósitos que los buenos vecinos de la Hermandad de la Santa Caridad y algunos curas betleemitas sostenían detrás del Convento de San Francisco. Mi nodriza fue la negra Palmira, una esclava muy buena y muy regañona que no solo me amamantó sino que también me crió como una madre. Palmira tenía dos compañeras, Asunta y Nicolasa, que se encargaban, con ella, de la cocina, de la limpieza y de todos los recién llegados. Pero fue Palmira la que me tomó como su consentido. De su mano aprendí a caminar en la cocina, para largarme luego por los patios de la casa, a ganar mi lugar. Entre las sotanas de los betleemitas, a empujones con los otros huérfanos, aprendí a hacerme valer. Y cuando los empujones no bastaron, también aprendí a correr, y a refugiarme entre las faldas generosas de cualquiera de las tres

negras, pero casi siempre entre las de Palmira. Ella me prefería, y yo la prefería a ella.

Según cuenta el padre Venancio Torrillas, a mí me entraron, envuelto en trapos, por el ventanuco del paredón de la Casa de Niños Expósitos un día 29 de noviembre, día de San Saturnino. De ahí mi nombre, que nadie usa, pues desde muy niño fui, para todos, simplemente Nino. Así me decían los vendedores en la calle, las mujeres que lavaban en el río, el director de la Casa y la señora de Zavala. Y también Lucía. Así me presenté el primer día en que nos vimos, yo llevando unos tarros de leche por encargo del director, ella asomada a la ventana, bordando un pañuelo blanco. Un pañuelo que le pedí de regalo en ese mismísimo primer encuentro, sin medir el grado de mi desfachatez. Y que más adelante, en un día muy especial, finalmente ella me regalaría, ya terminado de bordar.

—Nino, Nino, eres incorregible —me decía Lucía, cada vez que yo hacía *de las mías*, como llamaba ella a mis pequeñas travesuras, osadías de niño criado a la vez entre los buenos samaritanos de la Hermandad, por un lado, y la gente de la calle, vendedores ambulantes, mendigos, soldados y guitarreros, por el otro. Para alguien

que, como ella, apenas conocía el mundo a través de su ventana, yo era mucho más interesante que los pocos niños que la visitaban. Tal vez por eso, no mucho tiempo después, ella se atrevería, contra viento y marea (contra su padre, para ser claro), a aventurarse más allá, mucho más allá de lo que le permitían.

Y yo reía. Siempre reía cuando Lucía me regañaba o me hablaba seria. Se le marcaba un hoyuelo en la mejilla derecha y fruncía el ceño, pero al fin terminaba por sonreír. Yo amé esa sonrisa desde la primera vez que la vi resplandecer en su rostro redondo y bello: aunque parezca una mera fantasía, aunque pueda sonar increíble, apenas la vi supe que algún día me casaría con ella. ¿Era imposible, acaso? Yo no lo creía así. A mí no me importaba que Lucía fuera la acomodada hija de un comerciante español y yo sólo un niño de los expósitos. Como tampoco me importaba que su padre, un aragonés que había venido sin un real a las colonias y que en pocos años había hecho dinero, me tuviera tanta ojeriza que apenas me descubría merodeando en la calle me soltara un insulto y me amenazara con un nudoso bastón de caña. Don Diego de Fuenlabrada no tenía más que dos aspiraciones: consolidar su prosperidad

económica y casar a sus hijas (Lucía, la mayor, en primer lugar) con algún noble, de ser posible rico, por supuesto. En caso de no conseguirlo, buscaría de candidato a algún funcionario de la corona, un español, claro está. Casarlas con un criollo pobre no entraba en sus planes, de ninguna manera. Sin embargo, yo estaba seguro de que me casaría con Lucía. No me lo impedirían ni mi condición de expósito ni que mi futuro se adivinara tan poco promisorio. Yo estaba seguro de que Lucía y yo estábamos destinados a vivir unidos. Y creo que ella, cuando me decía “Nino, Nino, no digas esas cosas”, sería al principio y riendo al final, sabía que yo tenía razón.



CAPÍTULO II

Desde niño estuve destinado, no tengo dudas, a ser un muchacho del servicio, bueno para hacer mandados, tal vez apto para vender por las calles o, quién sabe, para ser soldado, oficio que, decían los curas, pagaba bien y requería poco trabajo. Pero un día, como a mis nueve años, me mandaron a hacer unas tareas a la casa de la señora Elena de Zavala, una dama bastante rica que era famosa por las tertulias que organizaba en su caserón. La buena señora tocaba el piano para sus invitados en un salón donde, además de lucir sus cualidades musicales (que, por cierto, la gente murmuraba que eran muy pocas), ostentaba una biblioteca fabulosa. Y allí, en esa casa a la que entré de mandadero, frente a las estanterías repletas de volúmenes, fui sorprendido por la fascinación de los libros. Mi futuro se decidió, estoy convencido, cuando la propia doña Elena me vio un buen día mirando los dibujos de

uno de sus bellos libros y, en vez de castigarme por holgazán, como yo había esperado, me pasó una mano por la cabeza y me dio un consejo. Un sabio consejo que ella dijo como al pasar, pero que para mí fue decisivo.

—Algún día debes aprender a leer, Nino, muchacho: es muy importante y a mí esas palabras me quedaron grabadas como una sentencia bíblica.

Desde ese día comencé a hostigar al padre Torrillas para que me enseñase las letras, dispuesto a insistir hasta que consintiera. Por supuesto, apenas la vi se lo conté a Lucía, frente a su ventana, como cada tarde a mi vuelta de la casa de los Zavala, mientras espiaba que no apareciera el padre blandiendo su horrible bastón. Fuenlabrada era ya entonces mi pesadilla, y aunque yo aún no podía imaginarlo, lo seguiría siendo por muchos años, de un modo cada vez más siniestro.

Lucía reía. Ella, que tenía mi misma edad, no sabía leer ni escribir, ni se le había pasado por la cabeza semejante cosa: a Fuenlabrada no le parecía que fuera algo apropiado para una niña, y para ella estaba bien así. Unos años después, cuando don Hipólito Vieytes y sus amigos defendieran públicamente el derecho de todas las Lucía a aprender